

Quevedos americanos

(Especial para «Atenea»)



E los numerosos ingenios españoles del Siglo de Oro son dos poetas enemigos, Góngora y Quevedo quienes mayor número de discípulos y continuadores tuvieron en América.

Pese a la enconada polémica entre cultistas y conceptistas que los dividió, se trata de dos poetas hermanos en la ~~comprensión satírica~~ *De búria largueis estabelecer la-* alguna grave diferencia de forma o intención cuando se compara las letrillas de ambos, por ejemplo, las que dedican a la crítica del poder del dinero? («Dinero son calidad») (G) y «Poderoso don dinero» (Q). Si las diferencias son considerables en otros aspectos de sus respectivas obras poéticas, se hermanan en el cultivo de la musa popular y en el ardor polémico. Duro es el látigo de Quevedo, pero no por menos repetido es el de Góngora menos temible. Pocos son los poetas americanos que al descubrirseles la influencia gongorina no den pie para una igual relación con Quevedo. Es el caso de la insigne Sor Juana Inés de la Cruz, en México.

Por ser cantores de ambientes ciudadanos y de temas negros y mulatos— «Por una negra señora» (G) y «Bodas de negros» (Q)—tenían declive a lo americano. En la América niña nacían rápidamente nuevas ciudades y poblaciones mezcladas y pintorescas que exigían el poeta burlesco y regocijado, o al poeta censor.

Es de algún interés recordar con ocasión del tricentenario de Quevedo a los poetas de su vena en Iberoamérica. Y empezando por Chile debemos señalar al famoso padre López, Francisco de Borja de López Guerra, el Quevedo chileno, como lo llamaban sus contemporáneos.

Nacido por los años de 1770 a 1775 y, muerto, posiblemente en 1847, el padre López llevó—como Matos Guerra, en el Brasil—una vida muy bien repartida entre Dios y el diablo. Algunos percances amorosos lo hicieron padre dominico. Curado el corazón y aunque pujante la vitalidad el padre López amenizó con sus díceres y versos, muchas tertulias santiaguinas y coquimbanas. De su rabia contra los jesuitas se han popularizado los versos siguientes:

Tres cuartos para las tres
ha dado el reloj vecino;
y lo que me admira es
que siendo reloj teatino,
dé cuartos sin interés.

Sus controversias epistolares, a verso pelado, con el cura coquimbano, Clemente Morán, es uno de los buenos documentos literarios de la época. Por desgracia sólo conocemos la respuesta del padre López y no podemos hacerle justicia al cura Morán. Don Adolfo Valderrama trae algunos de estos versos en su «Bosquejo histórico de la poesía chilena»:

Morán por desengañarte
 movido de caridad
 pretendo con claridad
 el evangelio cantarte.
 No hay en este mundo parte
 que no sepa tu simpleza
 ya no hay estrado ni mesa
 donde no se hable de ti
 pues no se ha visto hasta aquí
 tan trabucada cabeza.

¿No es locura estar clemente
 cual Diógenes encerrado
 en un vinajón cuadrado
 sin comunicar con gente?
 miserable penitente,
 ¡oh! que poco te aprovecha
 pasar vida tan estrecha
 sin ser por el Dios eterno!
 En fin allá en el infierno
 te harán aguantar la mecha.

Si a los mandamientos vas
a ver cuál has quebrantado
del sexto te habrás librado
pero no de los demás
de día y de noche estás
como león devorador
jamás hablas en favor
de ninguno que aquí viene,
y muy poco de Dios tiene
hombre que es murmurador.
Un hombre que no se sabe
si es seglar o monigote
indefinible pegote
en quien todo refrán cabe
que no es paz, bruto ni ave,
trago, fantasma, ni duende
en fin, uno que pretende
sólo como el can morder
¿quién diablos lo ha de entender
cuando él mismo no se entiende?

No te dije mano envuelto
que a Coquimbo llenaría
de versos el mismo día
que me escribieras resuelto?
de mí no has de estar absuelto
si no me pides perdón
si no haces intención

a dejarme de escribir
pues es poco tu decir
para hacerme oposición.

A UN SACRISTAN GOTOSO

Capón, gotoso, procura,
curarte, que no es razón,
que el cura tenga capón
y el capón no tenga cura;
y si la gota te apura
ven a mi pescuezo y nota
que ya esta pequeña bota
entre yo y mi compañero
sólo a fuerza de gargüero
la hemos dejado sin gota.

Otros repentistas satíricos de nuestra literatura fueron el agustino Manuel Oteiza (1753) y Lorenzo Mujica, capitán de artillería, amigo de D. José Miguel Carrera, de quien se han salvado escasas muestras de su ingenio, como aquella improvisación sobre el pie forzado. «Salero sin sal si no».

D. José Toribio Medina recoge en su «Historia de la Literatura Colonial de Chile», la polémica literaria entre el fraile Pando y una monja literata y sermoneadora. La composición del fraile Pando lleva el siguiente título: «Parabién a un sermón que se predicó a una maturranga que toda es una ganga»:

«Vide un sermón que me dicen
Predicó María Teresa,
Y no me admira el que fuese
Por ser ella buena pieza.

.
Al síndico y capellán
los dejastes aplastados
con decirle las verdades
delante de sus prelados.

.
Mulas, borricos y gallos
las ovejas y pastores
los sacastes a pastear
delante de los señores».

La monja supo contestar llamándolo entre otras cosas «fraile renacuajo».

«El que sea motilona
no me quita tener gracia
para suplir aunque sea
en burlesco nuestra falta.

.
El salto fué menester
y tú por gallina enana
te quedastes empollando
sabandijas en la cama».

Alfonso Reyes exhibe en sus «Capítulos de la Literatura Española» (primera serie) la extraordinaria figura de Mateo Rosas de Oquendo, notable poeta y aventurero español que vivió en Panamá, México y Perú. En este caso no podemos hablar de una influencia quevedesca ya que fueron contemporáneos y aún es posible que Rosas de Oquendo o Juan Sánchez, como también se hacía llamar, escribiera alguna de sus sátiras antes que el propio D. Francisco. Así su sátira «A las cosas que pasan en el Pirú» (1598). La obra poética de Rosas de Oquendo y la posterior de Concoloncorvo «El lazarillo de Ciegos Caminantes», en prosa, constituyen documentos inapreciables para los sociólogos preocupados de la vida colonial en América.

Sobresale Rosas de Oquendo en la visión pintoresca de las ciudades virreinales y en los oficios y trapacerías de sus habitantes:

«Al fin llegué a Panamá
 si ve «Los Diablos la Blanca»
 tanto qué, por no tenella
 era mi cama unas tablas.
 Pero la necesidad
 como el ingenio adelgaza,
 valióme la poesía
 conque comí dos semanas.
 Porque hallé un boticario
 tan rendido a una mulata
 Que volví la nieve fuego
 con hacerle dos octavas».

En su «Sátira del Perú», Rosas de Oquendo al despedirse, pide que todos dejen sus oficios y acudan a escucharlo. Pasa revista a las sabrosas providencias para vivir que usaban las limeñas.

«Unas hilan plata y oro
otras hay que adoban guantes,
otras viven de costura,
otras de puntas y encajes,
otras de pegar botones,
y otras de hacer ojales.

Otras hay que hacen pastillas,
pebeteros y ciriales,
otras ensalman criaturas,
otras curan mal de madre,
otras hay que toman puntos,
otras labran solimanes,
otras hay que hacen turrón
para vender en las calles;

.
Otras componen copetes,
otras hacen almirantes,
otras hacen arandelas
de pita, plata y alambre.

.
otras chicha de maíz,
otras que venden tamales,
otras polvos para dientes

otras que ponen lunares,
 otras que zurcen costuras
 descosidas por mil partes».

Rosas de Oquendo, al igual que Caviedes, aunque españoles de origen, se sentían americanos y participaban de la tirria de los criollos contra los peninsulares que llegaban a explotar altos cargos y pretendían ser nobles.

.
 Y en las playas del Perú
 ¡Qué de bastardos que pare!
 ¡qué de Pero Sánchez Dones!
 ¡qué de dones Pero Sánchez!
 ¡qué de Hurtados y Pachecos!
 ¡qué de Henríquez y Guzmanes!

.
 Todos son hidalgos finos
 de conocidos solares
 no vienen acá Juan Muñoz
 Diego Xil y Pero Sánchez.
 No vienen hombres humildes
 ni judíos ni oficiales,
 sino todos caballeros
 y personas principales».

Rosas de Oquendo, que según humilde confesión «tenía diez heridas mortales y ninguna de las diez era señal heroica», deja en versos el código de su vida picaresca:

«Yo del retablo del mundo
adoré la falsa imagen

.
Fuí con franceses, francés
Alemán, con alemanes;
consideré las estrellas
desentrañé minerales»,

Notable por todos los aspectos es su «Soneto a Lima del Perú» que sirve como retrato de todas las capitales americanas de aquel tiempo y algunas de ahora:

«Un Virrey con treinta alabarderos;
por hanegas medidos los letrados;
clérigos ordenantes y ordenados;
Vagamundos, pelones, caballeros.
Jugadores sin número y coimeros;
mercaderes del aire levantados;
alguaciles-ladrones muy cursados;
las esquinas tomadas de pulperos.
Poetas mil de escaso entendimiento;
cortesananas de honra a lo borrado;
de cucos y cuquillos más de un cuento.
De rábanos y coles lleno el bato;
el sol turbado, pardo el nacimiento
apuesta es Lima y su ordinario trato».

Juan del Valle Caviedes, el poeta colonial peruano, ha sido estudiado por el argentino Juan María Gutiérrez y también por Ricardo Palma, Manuel Odriozola, L. A. Sánchez y Luis Fabio Xamar. Siempre se le tuvo por peruano de nacimiento pero en 1937, Guillermo Lohmann Villena, descubrió su partida de matrimonio fechada el 15 de marzo de 1671, en la cual declara ser natural de la villa de Porcuna en Andalucía.

En su testamento, Caviedes vuelve a declararse andaluz de origen. Limeño de adopción, buen poeta lírico y también autor dramático según las recientes investigaciones de Lohmann Villena, Caviedes es el gran poeta satírico del virreinato del Perú.

De su furia contra los médicos coloniales que le amargaron la vida y no supieron curarle algunas patadas de Venus, Caviedes obtuvo el material para sus composiciones satíricas. El título de la obra que reúne su producción burlesca es largo y complicado: «Diente del Parnaso, Guerras físicas, Proezas medicinales. Hazñas de ignorancia, sacadas a luz por D. Juan del Valle Caviedes, enfermo que milagrosamente escapó de los errores de los médicos por la protección del glorioso San Roque, abogado contra los médicos o contra la peste que tanto mata. Dedícalo su autor a la Muerte, emperatriz de médicos a cuyo augusto cetro le feudan vidas y tributan saludes en el tesoro de muertos y enfermos».

«A un doctor de anteojos»:

«Con imprudentes arrojados
partos no pronostiquéis
que en preñados no entendéis
teniendo tantos anteojos.

Se engañaron vuestros ojos
que son discursos menguados
cuantos hacéis, y abobados
de barrigas sin compás,
pues de ellos entendéis más
que de pájaros preñados».

.

«Al Doctor corcobado»

«Mono de la medicina
jímio de los curanderos
espantajo de barberos
médico de melecina
con más comba que bocina
que esa tu corcova encierra;
también en los versos yerra
como en curar tu opinión,
pues no es bien tire a traición
quien es hecho en buena guerra».

.

«Contra los españoles, (Caballeros Chanflones)

.....
 Advirtióles aquí que, en la patraña,
 el que fuera de España
 dé a su nobleza aumento
 en un ciento por ciento,
 porque en larga distancia
 se emplean las mentiras a ganancia.

Gregorio de Matos Guerra (1623-1695) es el padre de la poesía brasileña y su más grande poeta satírico. Nació en Bahía, hizo sus estudios en Portugal (Coimbra) donde desempeñó el cargo de juez de huérfanos y ausentes. Lo atroz de su sátira le valió el apodo de «Boca de infierno». Vuelto a su tierra natal llevó en Bahía una vida desesperada y picaresca. Gregorio de Matos da la visión exacta de algunas ciudades brasileñas del siglo XVII como Bahía y Pernambuco. De igual manera que Rosas de Oquendo y Caviedes critica con igual violencia a los peninsulares y a sus compatriotas. Se han hecho famosas sus sátiras contra los gobernadores portugueses y los mulatos. Matos sigue muy de cerca a Quevedo y hasta le copia versos:

«¿De qué puede servir callar a quien calla?»
 ¿Nunca se ha de hablar lo que se siente?
 ¿Siempre se ha de sentir lo que se habla?

¿Qué hombre puede haber tan paciente
que viendo el triste estado de Bahía
No lllore, no suspire y se lamente?

Contra los portugueses:

«Que los brasileños son bestias
Y estarán para trabajar
toda la vida, por mantener
negreros de Portugal.

.....
En el Brasil la hidalguía
En la buena sangre nunca está
Ni en el buen procedimiento
Pues luego, ¿en qué puede estar?

.....
Consiste en mucho dinero
y consiste en lo guardar
cada uno a guardar bien
para tener que gastar mal.

Consiste en darlo a negreros
que lo sepan lisonjear
diciendo que es descendiente
de la casa de Villa Real.

En sus milagros de Brasil, Matos zahiere a los mulatos:

«Un blanco muy encogido
un mulato muy osado
un blanco todo cuitado
un perro todo atrevido;
el saber muy abatido
la ignorancia es ignorante
muy ufana y muy farsante
sin pena o contradicción
milagros del Brasil son».

Mucho más se podría escribir de Matos, pero quedará para mejor ocasión. Si Quevedo fustigó los vicios de la metrópoli, sus correspondientes y continuadores literarios completaron esa labor en América, afrontando la realidad con insatisfacción y sin complacencia, o sea, en el más puro estilo ibérico.